



REVISTA SEMANAL



JUVENTUD ILUSTRADA

A. CORDONETTI



JOYAS PICTÓRICAS

El preferido

Mlle. F. Charderon

Núm. 6

© Biblioteca Nacional de España

20 céntimos

El juego de la Cruz

Soluciones á los juegos del número 5

CHARADA. — Salcedo,

ACERTIJO GRAMATICAL.

*Buscando alivio á mis males,
maldiciendo de mi suerte,
pasé un año renegando
y suplicando á la muerte
pusiera fin al martirio
que se iba aumentando siempre.*

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Trabajado.

JEROGLÍFICO. — Gasta en libros, que son buenos amigos.

ENIGMA JEROGLÍFICO. — Ceadea.

Jeroglífico

PP HA

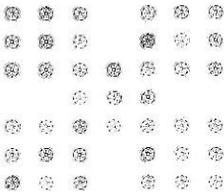
Triángulo numérico

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	Lo que quiero ser.		
8	10	5	4	11	3	1	13	7	12	6	Lo que soy.				
5	6	7	8	9	10	11	12	13	De una oreja.						
						3	1	6	2	12	4	En la boca.			
										13	7	12	10	... ridículo.	
												12	6	Planta de China.	

Charada

*Prima va por mí segunda;
y en el líquido elemento,
al arrastrarse á sí mismo,
va el todo al todo impeliendo.
(¡Ojo! con la antonomasia
que se trae el cuarto verso.)*

Laberinto



Suplir los puntos por letras que den dos nombres en cruz, y otros nombres en los cuatro ángulos y en el centro

Acertijo

Buscar la analogía que existe entre un ropavejero y un bergantín que navega viento en popa.

Jeroglífico comprimido

= MALO = MILLA

Advertencias

JUVENTUD ILUSTRADA, que consta de veinte páginas, y regala además en cada número cuatro de folletín encuadernable, se publica los sábados, y se vende en todas las librerías, kioscos y puestos de periódicos de España, siendo su precio

20 céntimos número suelto, corriente ó atrasado

y por subscripción, en toda España, *Pesetas 2'50 trimestre (13 números) servido á domicilio.*

Portugal y Gibraltar, 3 pesetas trimestre. En los demás países, 4 francos, pudiendo hacerse el pago en letra ó cheque á la orden de don Antonio Virgili, S. en C., en valores declarados ó sobre-monederero.—En América fijan el precio los señores Corresponsales.

JUVENTUD ILUSTRADA admite colaboración, pero abona sólo los trabajos artísticos ó literarios que expresamente solicita.

—Todos los ejemplares de JUVENTUD ILUSTRADA van numerados, y al poseedor del que contenga igual número al del premio mayor del último sorteo de la Lotería Nacional del mes corriente se le REGALARÁN

CIENTO VEINTICINCO PESETAS

á la presentación del número agraciado en nuestras oficinas: Rosellón, 208, Barcelona.

Como la numeración de nuestro periódico, una vez llegada al número de billetes de la Lotería Nacional, vuelve á repetirse cuantas veces sea necesario, bien puede asegurarse que, en vista de la favorable acogida que el público nos dispensa, durante el transcurso del mes se repetirá la numeración lo menos cuatro veces, por lo cual son

QUINIENTAS PESETAS

cuando menos lo que cada mes regalamos á nuestros lectores.

=JUVENTUD ILUSTRADA adjudica semanalmente á sus lectores, en sus concursos de ingenio:

50 magníficos y positivos premios.

JUVENTUD

AÑO II ————— NÚMERO 6

BARCELONA 6 DE ENERO 1906

REVISTA SEMANAL
REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN
É IMPRENTA: ROSELLÓN, 208

ILUSTRADA

POLÍGLOTA



Luis Cestero

Instituto de Reus

Instituto de Reus



Leopoldo Sotillos

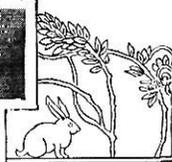
Instituto

de Reus

Instituto de Reus



Pelayo Poch



Instituto de Reus



Ramón Arcós



Alvaro

Salvat



José Sabater

NORMAL DE



Teresa Altet



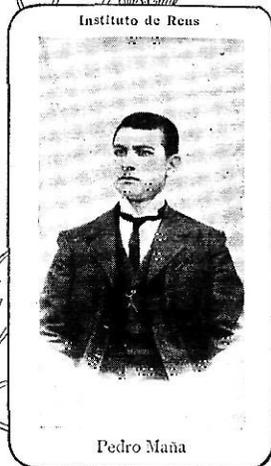
Dolores Carbonell

BARCELONA



Mercedes Casals

Instituto de Reus



Pedro Maña

Nuestros estudiantes

Primeros premios y matrículas de honor

El telekino

RECORDARÁS, hijo mío, lo que te expliqué cuando se recibió el telegrama, llamémosle así, que desde alta mar nos mandó tu tío Enrique?

—¡Sí, papá! ¿Lo que se llama telegrafía sin hilos?

— ¡Eso es! Pues ahora vas á ver el nuevo partido que de las ondas hertzianas ha sabido sacar don Leonardo Torres Quevedo, un sabio

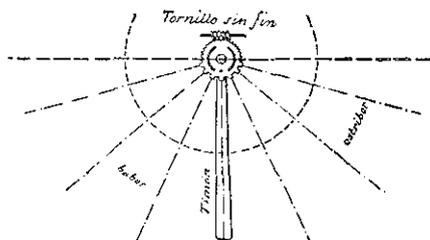


Fig. 1

español; tal vez el único que ha merecido amparo del Gobierno para llevar á feliz término su empresa, y que ha realizado pruebas satisfactorias en el aparato que llama *telekino*.

—¿Y qué quiere decir eso, papá?

—Pues *teles*, significa distancia, y *kinos*, movimiento; por lo cual, estas dos palabras griegas quieren decir: «movimiento á distancia».

—¡Movimiento á distancia...! Es decir: ¿dar desde aquí un golpe á la veleta de la torre y hacerla girar?

—No; eso no. No es transmisión de fuerza, sino de movimiento: me explicaré. Para dar movimiento á la veleta, necesitarías tener una escopeta ó un fuelle colosal, y darle con la bala ó hacer que las corrientes de aire llegaran á ella, y entonces eso constituiría una fuerza que á distancia imprimiría movimiento á la pesada cruz de hierro. Pero suponte por un momento que se te antoja no hacer que gire la veleta, que eso á nada práctico conduce, sino dirigir un buque que está en alta mar, y dirigido desde la terraza de nuestro hotel, y lograr que el buque ejecute las maniobras que se te ocurran ó creas necesarias.

—Es decir: ¿dar órdenes desde tierra á la gente que tripula el barco?

—¡No, hijo, no!... Dar órdenes al barco que está inhabitado; que no tiene marincros, ni capitán, ni piloto, y órdenes que el barco ejecuta con pasmosa regularidad.

Alfredín se sonrió con aire incrédulo y fijó su vista en el techo como buscando allí la solución de aquello que era imposible para él.

—¿En qué piensas, hijo?

—En que, acordándome de tus lecciones sobre la telegrafía sin hilos, comprendo perfectamente que puedan comunicarse á distancia y á seres inteligentes, órdenes y cuanto se quiera; pero no comprendo que, no habiendo en el buque quien entienda esas señales y ejecute esas órdenes, pueda, como dices, obedecer la materia inanimada.

— Bien pronto lo comprenderás si me oyes

con atención. Hemos convenido en que el telegrafo sin hilos funciona exactamente como el telegrafo Morse. Cada vez que el telegrafista que transmite hace un contacto con el manipulador, provoca un contacto igual en la estación receptora; contacto que en el Morse se señala en la cinta azul, ya con un punto ó con una raya, según su duración; sabes también que en la telegrafía sin hilos esos contactos producen chispazos de mayor ó menor intensidad: ¿estamos conformes?

—Sí, papá.

—Pues bien: si colocamos en un barco una estación de telegrafía sin hilos, y comunicamos con ella desde tierra, sabemos que los del buque pueden sostener con nosotros una conversación. Pero ahora suponte que en vez de una persona que interprete nuestras señales, construimos un aparato al que van á parar los chispazos producidos por las ondas hertzianas provocadas por nosotros, y que ese aparato, de una sensibilidad maravillosa, á cada señal hace que el contacto repercuta en una rueda dentada, por ejemplo, y que, por una sucesión de engranajes, se logra que cada uno de esos contactos determine corrientes que dan movimiento á otras ruedas en comunicación con una batería de acumuladores cargados de electricidad, en los que se centuplica el efecto de la impulsión recibida, y que esa fuerza da movimiento al timón en el sentido que desea el que dirige: ¿comprendes?

—Sí; creo comprender.

— Ahora bien: si suponemos que la rueda dentada tiene, por ejemplo, cincuenta muescas, y á cada chispazo resbala una de ellas en cierto sentido, nada más fácil que imprimirle determinados movimientos, sabiendo á qué números se producen efectos diversos. La fuerza reside en la estación receptora; la onda la pone en actividad ó la paraliza, substituyendo al mecánico que, colocado al lado de la máquina, detiene ó invierte su funcionamiento.

Supongamos que queremos imprimir al timón tres movimientos á babor, ó sea el costado izquierdo de la embarcación, y tres á estribor, ó sea el costado derecho, como indican las líneas del dibujo núm. 1; se ve fácilmente que el problema estriba en conseguir que la rueda dentada, motriz, montada sobre el eje del timón (figura 2), tome la dirección exigida para que se ejecute la virada que se desea, y como la corriente eléctrica actúa sobre los alambres que

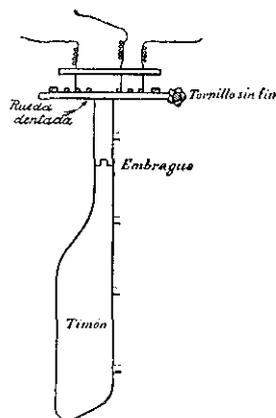


Fig. 2

con ella están en contacto, el efecto se logra fácilmente.

Queremos que el buque marche, y sabemos que ese efecto resulta al resbalar dos muescas, pues con producir los chispazos necesarios para que ello tenga lugar, el aparato puesto á bordo ejerce una acción automática, más precisa que

la ejecutada por un sér inteligente. Las pruebas verificadas en Bilbao en el próximo pasado mes de Noviembre, demostraron que el *telekino*, del cual no se han hecho aún las pruebas oficiales, vendrá á producir una verdadera revolución, pues son incalculables sus diversas aplicaciones en la industria en cuanto llegue á vulgarizarse.

A. PALLAVICINI

Ursulito el glotón

NEMESIA, Nemesia! Vaya usted á avisar al médico,—decía doña Ursula.

—¿Qué sucede?—preguntó la doméstica.

—Que el niño se ha puesto muy malo.

—Sí,—añadió el papá.—Vaya usted pronto.

El niño, ó sea Ursulito, con los ojos cerrados, la respiración fatigosa y la nariz hecha un tomate, se había tendido en el sofá, resistiéndose á que le metieran en la cama, y los papás,



asustadísimos, iban de un lado á otro llevándose, consternados, las manos á la cabeza.

—Anda, monín, deja que te desnudemos. ¿Qué sientes? ¿Te duele la tripita?

Ursulín no contestaba y lo más que hacía era tocarse el vientre y lanzar suspiros.

El médico llegó, y, antes de pulsarle, dijo:

—¡Vaya! Lo de siempre. Este chico se habrá atracado de golosinas ¡Como sí lo viera!

Después le palpó, subió uno de los párpados para verle el ojo, hizo que sacara la lengua y exclamó por último:

—¡Claro! ¡Lo que yo me figuraba! Tiene una indigestión de mil demonios.

Y á fuerza de vomitivos y de cataplasmas en la boca del estómago, Ursulito pudo reconquistar la salud; pero en cuanto se vió libre de los estorbos, corrió á la despensa, esquivando las miradas de la mamá, y antes de que pudiesen evitarlo, ya se había comido una butifarra.

El chico no tiene más que ocho años, pero dada la amplitud del estómago, cualquiera le echaría veinticinco. ¡Qué manera de comer! A él le gusta todo: carnes, legumbres, pescados, dulces, frutas, quesos. En fin, una mañana su mamá se le encontró chupando un corcho que había servido para tapan la zafra del aceite.

—¿Qué haces condenado?—le gritó.

—Estoy chupando este corcho, que está muy rico,—contestó él.

La natural residencia de Ursulo es la cocina, y siempre que puede se traslada allí.

—¿Por qué no te vas á la sala, monín?

—Porque aquí se está muy calentito,—díce, y en cuanto se descuida la cocinera ya está echando mano á una patata frita ó apoderándose de un tomate ó substrayendo una hoja de lechuga. Con tal de comer, no se para en lo que sea, y á lo mejor tiene unos cólicos horribles que ponen en alarma á la familia y llevan la perturbación á aquel hogar honrado.

Los papás ya no saben qué hacer con Ursulo y llevan gastado en magnesia y agua de Loeches un dineral, pues cada lunes y cada martes hay que darle una purga.

A lo mejor está estudiando la aritmética ó conjugando los verbos irregulares y se le ve retorcerse sudando la gota gorda.

—¿Qué?—exclama la madre.—¿Te sientes mal? ¿Te duele la tripa?

El chico no contesta, pero se echa boca abajo en el sofá, víctima de los más horribles retortijones.

—¿Qué has comido, desgraciado?—pregunta el padre.—¡Confíésalo!

—Puede que me hayan hecho daño...

—¿Qué?

—Los higos secos.

—¿Cuántos has comido?

—Veintinueve.

—¡Animal!

Anteayer el papá de Ursulo compró en la perfumería varios objetos de tocador con ánimo de afeitarse solo: navajas, polvos, cosmético...

—Sí, voy á prescindir del barbero,—pensó.

Y lo dejó todo sobre la mesa.

—Ursulito se puso á jugar con las navajas

y á meter la nariz en los polvos, pero de pronto fijóse en el cosmético y lanzó un grito de júbilo.

—¡Calle! este es un salchichón chiquito como el que venden en las tiendas

—exclamó.

Y media hora después gritaba la mamá llamando á su esposo:

—¡Escolástico, Escolástico! El niño se está comiendo el cosmético!



LUIS TABOADA

Ave-Maria

LEYENDA GRANADINA

I

*En la pintoresca vega
que, circundando á Granada,
se extiende, cual verde manto,
al pie de Sierra Nevada,
los ejércitos cristianos
que el Rey Católico manda,*

*cuando, al contemplar la Reina
con asombro, que faltaba
en uno de los pendones
el crucifijo de plata,
—Es preciso ir á buscarlo,—
les dice,—y todos con ansia
marchan, fieles servidores,
porque su Reina lo manda,*

*lo que han visto le relatan;
y la esposa de Fernando,
triste y pensativa, exclama:
—Hay que vengar esa afrenta;
¿cómo?*

*—Yo sabré vengarla,—
dice Pérez del Pulgar,
el de las grandes hazañas.—
Dejad que partan conmigo,
luego que la luna salga,
otros cuatro caballeros,
y tendréis, Reina, mañana
vengado el ultraje que ahora
nos hace esa vil canalla.*



*su campamento establecen
para sitiar á la plaza
y «arrancar uno por uno
los granos á esa granada»,
como dijo el gran Fernando
antes de ir á conquistarla.*

II

*Cierto día, al campamento
los cristianos regresaban
de una simple escaramuza
con las huestes musulmanas,*

*á buscar del Santo Cristo
la imagen tres veces santa.*

*Todos con febril anhelo
sobre sus pasos se lanzan,
y recorren por doquiera
el lugar de la batalla;
y cuando ya á volver iban,
perdida toda esperanza,
miran con dolor profundo
que el crucifijo se hallaba
en poder de los infieles,
que, gozosos, le insultaban.*

Contristados, á la Reina

III

*Amparados por la noche,
cinco cristianos cabalgan,
muy silenciosos los cinco,
en dirección á Granada,
y Hernán Pérez, uno de ellos,
es el que primero avanza.
Así llegan cabalgando
hasta las altas murallas,
y entonces, con gran arrojo,
los cinco á la vez las saltan;
sorprenden los centinelas,
traban lucha encarnizada
con ellos, y Hernando Pérez,
solo por toda Granada,
mientras que sus compañeros
con los árabes luchaban,
va á la Mezquita mayor,
y en su puerta, y con su daga,
clava una tabla que lleva
en su cinto preparada
y en la cual AVE-MARÍA
está escrito en letras claras.
Luego vuelve presuroso,
satisfecho de su hazaña,
á donde sus compañeros,
sin retroceder, le aguardan
luchando, y ya vencedores,
otra vez los cinco marchan
al cristiano campamento,
tintas en sangre sus armas,
después de dejar cumplida
la prometida venganza.*

TOMÁS LÓPEZ LACASA

Los Reyes Magos

PRONTO á la camita, hijos míos, porque si los Reyes Magos vieran luz en vuestro cuarto y supieran que no os habéis acostado, no os pondrían nada en los zapatitos.

—¿Vendrán pronto?

—¿Qué hora es?

—¿A qué hora pasan?

—¿Qué me traerán á mí?

Estas preguntas hicieron que los cuatro chicos á la vez, y don Julián, que estaba dormitando junto á la chimenea, exclamó:

—¡Qué reyes, ni qué ocho cuartos!... Es con mí...

—¡Ala! ¡ala! ¡chiquitos! A la cama, pronto,—gritó doña Consuelo, ahogando con sus chillidos la voz de don Julián para que los niños no oyeran lo que su padre iba á decir.

—Buenas noches, papá,—dijeron á una voz, y allá fué la amorosa madre á acostarlos, llevando en brazos á la chiquitina que, sonriendo, tiraba besos á su padre con su manita.

La buena señora estuvo peleando con ellos largo rato, sin poder lograr que se callaran enumerando lo que deseaban que les trajeran los Reyes Magos.

Después de un gran rato, remaneció la madre por la puerta del comedor, y dijo á don Julián entre airada y dolorida:

—¡Cuidado, Julián, que tienes unas cosas!... Si no te atajo, íbas á decirles á los chicos que los reyes...

—¡Vaya que sí!... Ya no estamos en los tiempos de Mari-Castaña y no quiero que nadie se luzca con mi dinero... ¡Los reyes! ¡Los reyes!... —prosiguió tras una pequeña pausa de silencio.—Eso es engañar á los chicos... y yo quiero que lo sepan para que no sean bobos y para...

—Para arrancarles una de las pocas ilusiones que es lícito tener en esa edad. Díselo claro, y verás que poco aprecio hacen de esos juguetes cuando sepan que nos cuestan á nosotros el dinero. Viniendo, como creen, de los Reyes Magos, los miran con más respetuoso cariño; ven en ellos un premio merecido por su comportamiento, por su aplicación, que creen ha trascendido á esos desconocidos personajes que tienen para ellos mucho de maravilloso, y temen ofenderlos si no los cuidan, y se hacen mejores por temor de incurrir en su enojo.

—¡Pamplinas... Sandeces de tiempos que ya pasaron, gracias á Dios, para no volver!

—Sandeces quizás, Julián; no digo lo contrario, pero con esas sandeces viví yo feliz en mi infancia. Demasiado pronto aprendí á conocer el dolor para que no recuerde con deleite mis goces de niña en este día; mis ansias porque transcurriera velozmente la víspera de Reyes; mis esfuerzos para no dormirme y mi afán por despertar la primera entre todos mis hermanitos.

—Precisamente eso que dices es lo que quiero evitar: que se les meta en la mollera que hay otros á quienes deben respetar más que á nosotros.

—¿Y no te parece más agradable, más poético y más práctico, en vez de amenazarlos con el *coco* que los hace pacatos y miedosos, decirles que los Reyes Magos, que son la suma bondad y la perfecta sabiduría, no premian á

los niños que no lo merecen?... Pues si es así, ¿á qué arrancar de sus jóvenes imaginaciones la idea de que sus defectos y sus méritos, á más de Dios, hay otros seres sobrenaturales que los tienen en cuenta para premiarlos en su día?

—¡Ese es un sistema de educar tan vicioso como antiguo!

—Tan antiguo como quieras, pero algún recurso nos ha de quedar á las madres para corregir las pequeñas travesuras de esos diablillos, en esa edad en que las reflexiones no hacen mella en su espíritu.

—Pégales si quieres; pero eso de que crean esas paparruchas...

—¡Mira, Julián, mira!... ¡Todo eso es para los niños!...

—¡Jesús! ¡Todo un arsenal!... Trompetas, corazas, tambores, una muñeca... ¡carbón! ¡Oye! ¿Para qué has puesto ese cacho de carbón en esa cesta?

—Eso es para la niña, porque es algo des aplicada. Es un pedazo de carbón que simboliza el castigo por su pereza. Y en ese carbón está la defensa de mi tesis. ¿Crees que no sentirá, al despertar y encontrarse con ello, no haber sido más aplicada, que no sentirá haber merecido esa represión, que han de echarle en cara sus hermanitos? ¿No te parece que ese pedazo de carbón ha de ser más eficaz que un fuerte regaño mío, á los que ha llegado á acostumbrarse?

—No sé, pero... Eso de los reyes...

—Vamos, Julián; vamos á arreglar las cestas y á distribuir esas chucherías, y deja que los Reyes Magos se cuelguen el milagro. Desgraciadamente les quedan pocos años de vivir de ilusiones. Seamos piadosos con nuestros hijos.

Y á obscuras y seguida de don Julián, la buena señora fué á cerciorarse de que sus pequeños dormían; pero al cruzar junto á la cama de Manolín sintió que le tiraban de las faldas, y luego oyó una vocecita de angelicales inflexiones que decía:

—¡Mamá! ¡Pon el carbón en mi zapato!... Irenita tendría un disgusto, y á mí no me importa nada, ¿oyes?

El perillán lo había oído todo.

—¡Tienes razón! Sería una crueldad robar las ilusiones á esos angelitos,—dijo don Julián, enjugándose una lágrima de ternura que resbalaba por su mejilla.

A. D'OLLARPA

La instrucción en China

La instrucción del chino empieza á la edad de siete años, en la escuela primaria elemental.

El niño tiene que estudiar allí cinco años, y luego pasa á cursar cuatro en la escuela llamada media; tres en la escuela superior, análoga á nuestros institutos de segunda enseñanza; cuatro en la Universidad y cinco en el colegio de estudios superiores.

El chino termina, por consiguiente, sus estudios á la edad de 33 años.

La abnegación

OYE, Dorotea, ¿has cogido del cajón de la cómoda una peseta que puse yo allí ayer tarde?

—¿Una peseta? A santo de qué había yo...

—No; lo preguntaba por si... ¡pero ahora recuerdo que por la noche tuve necesidad de dinero! Sí, ya me acuerdo; anda, vuélvete á la cocina.

Don Nonito no podía dudar de su anciana ama de llaves y, no obstante, tenía la completa seguridad de que alguien había cogido la moneda.

Con él vivían tres sobrinos de unos nueve á doce años, respectivamente, hijos de su fallecida hermana Matilde, dos niños y una niña, llamados Enrique, Adolfo y Piedad, que era un ángel por lo buena y hacendosita. En cambio, Adolfo era orgulloso y soberbio y jamás confesaba una falta por él cometida.

Don Nonito estaba profundamente contrariado. Aquella era una falta que rayaba en delito. No tenía duda que alguno de ellos era culpable, y se inclinaba á creer que fuera Adolfo, el más ligero y menos aplicado de los tres hermanos.

Cogió su sombrero y su bastón y encaminóse al encuentro del maestro, que en aquel momento salía de la escuela acompañado de algunos niños.

Su sorpresa no tuvo límites cuando vió que Adolfo no salía con los demás muchachos.

Efectivamente; por don Gil, el maestro, supo que su sobrino no había parecido por la escuela, y con Enrique y Piedad se dirigió á dar un paseo por los alrededores del pueblo, hondamente preocupado por todo aquello.

No habían aún cruzado el puente que conduce á la alameda, cuando Enrique vió á su hermano Adolfo, medio tumbado en uno de los bancos de una masía vecina donde solían ir algunas tardes.

Corrió hacia él, y sorprendióle encontrar á Adolfo como atontado, con horribles náuseas y corriendo por su frente frío sudor.

—¡Tío, tío! ¡Aquí está mi hermano! ¡Y está malo! ¡Parece que se va á morir! ¡Corra usted! ¡Ve usted cómo suda!

Don Nonito y Piedad llegaban junto á ellos en aquel momento.

Don Nonito se confirmó en su creencia. Las golosinas, adquiridas con el dinero substraído, le habían puesto en tal estado, sin duda.

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Y al decir esto, se notaba en su voz algo anormal. No se veía en él el efusivo cariño que demostraba á todos.

—¡Tengo mareos!... ¡Se me va la cabeza!... ¡Estoy malito!...

—Vamos, vamos á casa. Procura andar; apóyate en el brazo de tus hermanos y en cuanto lleguemos te acuestas. ¡Vamos!

Piedad notó entonces la segura con que hablaba su tío, sequedad que no se explicaba, cuando era tan cariñoso, sobre todo cuando alguno de ellos estaba enfermo.

Por fin, llegaron á la casa, acostaron á Adolfo, que estuvo en la cama dos días temiendo que se hubiese descubierto su fechoría, y al tercero, como de costumbre, don Nonito los reunió en su despacho con dos ó tres chicos más que allí acudían todas las tardes al regreso del paseo, para que el buen señor les contara algún cuento instructivo.

Adolfo, hurtando avergonzado sus miradas de las de su tío, acudió también.

—¡Venid, venid todos!... Hoy voy á contaros lo sucedido á un niño que de bueno se convirtió en ladrón. ¡Veréis qué bonito!

Enrique arrimó su silla á la de su tío, y Piedad también; sólo Adolfo se quedó algo rezagado y sin levantar los ojos que tenía fijos en el suelo. Miróle á hurtadillas don Nonito.

—Pues ese niño era algo ligero de cascos, tornadizo, pero bueno en el fondo. Nunca había abusado de la confianza de sus padres y de sus hermanos y, como de todas

las familias buenas, jamás se cerraba con llave en aquella casa, ni la despensa, ni el sitio en que se guardaba el dinero...

Adolfo se revolvía en su silla, Enrique escuchaba con la mayor atención, y Piedad fijó la vista en Adolfo por primera vez.

—Un día, —prosiguió don Nonito,—el padre de aquel niño dejó olvidada una peseta encima de la cómoda, y como en la casa había criados y otros niños, no sabía el padre á quién echar la culpa del hurto que se había cometido.



Piedad, en su perspicacia infantil, adivinó de lo que se trataba, á lo que se refería don Nonito, y lo adivinó por la contracción de las facciones de Adolfo y el sudor que bañaba su frente.

—Pero el niño aquél no quiso que cayese sobre otro la mancha de la sospecha de una falta grave cometida por él, y...

Don Nonito esperaba que su sobrino venciese el orgullo que le impedía confesar su falta y que se arrojaría á sus pies pidiendo perdón.

Pero con gran asombro suyo, fué Piedad la que, adelantándose hacia su tío, exclamó:

—¡Perdón, tío mío! ¡He sido yo! ¡He aquí la moneda! Con ella pensaba...—y echóse á llorar ruidosamente.

Adolfo estaba mortal. Oía dentro de sí la voz del egoísmo que le mandaba callar, cuando su hermana se acusaba de una falta cometida por él, y al mismo tiempo sentía remordimientos atroces por lo que había hecho.

Zumbaban sus oídos y se atropellaban sus ideas.

Si confesaba, ¿no huirían de él con asco sus compañeros?

Y si callando hacía que castigaran á su hermana, ¿no era una acción baja y ruin?

—¿Conque has sido tú? —dijo amargamente don Nonito.—¡Tú!...

Piedad echó los brazos al cuello de su tío en el momento en que Adolfo, fuera de sí, exclamó llorando:

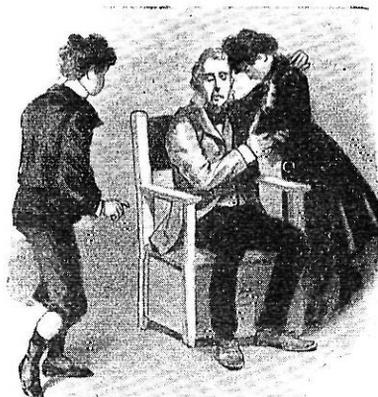
—¡No, tío! ¡No la crea usted! ¡He sido yo! Castígueme usted, mi pobre hermana es inocente.

—Gracias á Dios que has confesado, Adolfo. Sabía que eras tú el culpable y quise probar hasta dónde llegaba tu soberbia... Ven, dame un beso, pues te has hecho digno de la sublime abnegación de Piedad.

Y ahora, hijos míos, no olvidéis esta lección; avergonzaos de cometer una falta, pero no de confesarla cuando, por desgracia, la cometáis. Y tú, querida niña, piensa que tu sublime abnegación podía ser un crimen si Adolfo no hubiese dicho la verdad, movido por tu ejemplo, pues con elló le asegurabas la impunidad y le alentabas á reincidir en la falta cometida.

No olvidéis jamás que el que confiesa su culpa merece perdón, y que la menor falta que cometemos se convierte en un crimen si dejamos que se sospeche de un inocente.

A. P. GRAZALEMA



Meteorología

SE llama meteoros á los fenómenos producidos en el aire, que durante muchos siglos han sido la causa de honda preocupación para nuestros abuelos.

La superstición, que tan arraigada está aún entre las sencillas gentes del campo, ha tenido mil ocasiones de achacar á la intervención del diablo los más sencillos fenómenos de este género, de los cuales vamos á detallar algunos, y á demostrar el mecanismo por que se producen. Entre ellos figuran en primer término las lluvias extrañas que todavía y de vez en cuando se observan en algunos países. Digalo sino la lluvia de diamantes, es decir, de carbono más ó menos puro, del cual era imposible extraer la preciosa substancia, y la lluvia de plata nativa que cayó en 1653, la cual duró tres días y sus laminillas plateaban la superficie de los metales sobre que caían, el cobre sobre todo.

Valerio Máximo habla de una lluvia de piedras, y de otra de pedazos de carne sangrienta que devoraban los pájaros.

Las lluvias de piedras se han repetido desde entonces, y Mezérai, en su *Historia de Francia*, nos habla de una lluvia de piedras de grueso tamaño, que casi destruyeron la población de Aix-la-Chapelle y asolaron sus alrededores.

Estas piedras, según la hipótesis más aceptada, proceden de algunos astros cuya corteza se desprende al enfriarse ó fundirse.

Las lluvias de cenizas se han repetido bastante, y son debidas á fuertes vientos que las arrancan de los cráteres de los volcanes y las arrastran á distancias inmensas.

Las lluvias de barro son más raras que las precedentes, pero se han observado en Inglaterra y en otros varios países.

El asombro de los habitantes del Artois sería inmenso viendo en 367 llover lana en grandes bedijas, de la cual se conservan algunos vellones en Arras con la veneración de cosa milagrosa.

Las lluvias de trigo y otros granos, se han repetido varias veces, y así ésta como las anteriores, las explica la ciencia por los potentes torbellinos de aire que arrebatan las semillas y las transporta á distancias inmensas.

En Marbains, según Mezérai, cayó en 1100 una copiosa lluvia de trigo y pequeños peces, todo revuelto.

Estas lluvias de peces se han repetido muchas veces, y una de las más extraordinarias cayó en el pueblo de Graulges, y con tal profusión que aquellos campos quedaron materialmente cubiertos por una capa de peccillos que alcanzaba unos diez centímetros de espesor, con la particularidad de que el mar está á una distancia de 150 kilómetros de Graulges.

En Normandía, y en época no lejana, cayó una lluvia de ranas, la cual sorprendió en su marcha á un batallón de infantería que huyó

asustado ante aquel nuevo género de proyectiles.

Al poco tiempo cayó sobre el Somme una copiosa lluvia de sapos, que en un momento cubrieron la superficie de algunos kilómetros, y en Bugía, en vez de sapos, eran ratas vivas las que caían, poniendo en precipitada fuga á los sencillos habitantes.

Los valles de Joux se vieron una vez cubiertos, en una extensión de más de dos kilómetros, por una lluvia de orugas, que fué muy difícil destruir.

En Agosto de 1885 cayó en Tolón una espantosa lluvia de grandes hormigas con alas, algunas de las cuales alcanzaban un tamaño de más de quince milímetros. Lo curioso del caso, según constata M. Gruet, es que la mayor parte de aquellas hormigas arrancaron sus alas y buscaron habitación en los hormigueros de sus congéneres, hundiéndose en el suelo.

Se han observado varias lluvias de fuego, que no son otra cosa que exhalaciones terrestres de la naturaleza de los fuegos fatuos.

Las lluvias de sangre que se han visto desde la más remota antigüedad hasta nuestros días,

son debidas al polvo de tierras ferruginosas y al polen de ciertos vegetales que, arrastrados por el viento, tiñen el agua en la atmósfera. La misma agua de los lagos, coloreada de rojo por un vegetal del género *protococcus*, puede producir ese efecto si un vendaval ó remolino de aire la transporta á otros sitios.

Las lluvias de azufre, que se han repetido mucho, tienen una explicación natural sabiendo que el pino y otras muchas plantas tienen las flores de color amarillo, cuyo polen transporta el viento á inmensas distancias.

En Andalucía hace pocos años sorprendió á los habitantes de un pueblo de la sierra una lluvia de tapones de corcho que el vendaval habia transportado desde uno de los puertos en cuyo muelle estaban en grandes montones para ser embarcados.

Si aún hoy, que nos los explicamos racionalmente, nos causan asombro esos fenómenos, ¿qué de extraño tiene que nuestros antepasados los achacaran á causas sobrenaturales, entonces que la ciencia y el conocimiento de la naturaleza estaba, como quien dice, en mantillas?

A. PEGÉ

Historia natural - Las abejas

ESTE insecto alado, del orden de los *himenópteros*, es uno de los más curiosos seres del reino animal, y sus costumbres son extraordinariamente interesantes.

Con efecto: las abejas domesticadas viven



Obrera

Reina

Zángano

en sociedades numerosas con un gobierno regular. Estas reuniones, llamadas colmenas, se componen, por término medio, de 40.000 obreras, de 600 á 1.000 zánganos ó machos y de una hembra llamada reina, cuyo tamaño es mayor que el de las obreras y su aguijón más largo.

Los machos carecen de aguijón, y cuando la postura de la hembra fecundada requiere el cuidado de las nodrizas, á fin de que las provisiones destinadas á la manutención de los pollos no sean consumidas por los zánganos, se arrojan sobre éstos y los destruyen.

Cuando en un enjambre nace ó se presenta otra reina, se traban entre las dos una batalla terrible, que presencian formando círculo las obreras, hasta que la que sobrevive queda dueña absoluta del campo, y como la conservación del enjambre depende de la existencia de la reina, defiéndenla hasta el último extremo, llevándola en medio del grupo que forman cuando viajan, y se dejan matar antes que abandonarla, siendo en extremo curioso verlas apartarse cuando pasa

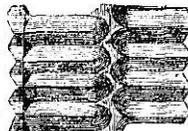
ella, acompañarla en gran número, y cuando la pierden, dejan de trabajar, y á veces también de comer hasta que tienen otra.

Las abejas obreras recogen por los campos las substancias de las flores, para convertirla en miel en las celdillas que con anterioridad han construido con cera por pisos superpuestos y colocados simétricamente á la distancia de cuatro líneas unas de otras, formando hexágonos prolongados.

La formación de un panal por las abejas, es una obra verdaderamente admirable y sorprendente. Durante este trabajo, cuando un enjambre se coloca por primera vez en un árbol ó en el hueco de una roca, una parte de las obreras se sujeta con las antenas de que están provistas sus patas á la parte superior del local, y agarrándose otras á éstas, forman como un enorme racimo de uvas que se subdivide en secciones y empiezan el trabajo de construcción. Para ello se valen del *própolis*, substancia resinosa que procede de las *yemas* y que las obreras traen adherida á las patas; mientras unas trabajan, dirigiéndose otras á los bosques en busca de alimento, y al regresar suspendense á uno de los grupos ó racimos, donde permanecen inmóviles, en tanto que el néctar de que se han hartado se convierte en miel en



Celdillas de una colmena



Celdillas corte vertical



Perspectiva de las celdillas

el primero de sus estómagos, ó en cera en el segundo, según las necesidades de la familia.

sus ojos un no sé qué, que parecía advertirme no me fiase de nadie, y de los otros aun menos que de él.

Si Tirola con su aire bondadoso no hubiese tenido aquellas miradas tan malignas, si hubiera tenido una fisonomía más noble y que me inspirase más confianza, acaso hubiera cedido á la tentación de hacerle mi mensajero, y quizás un billete llegado á tiempo á manos de mi amigo hubiera proporcionado la libertad, sino á él (pues el infeliz estaba harto descubierto), á lo menos á otros varios y á mí mismo.

¡Paciencia! las cosas debían suceder así.

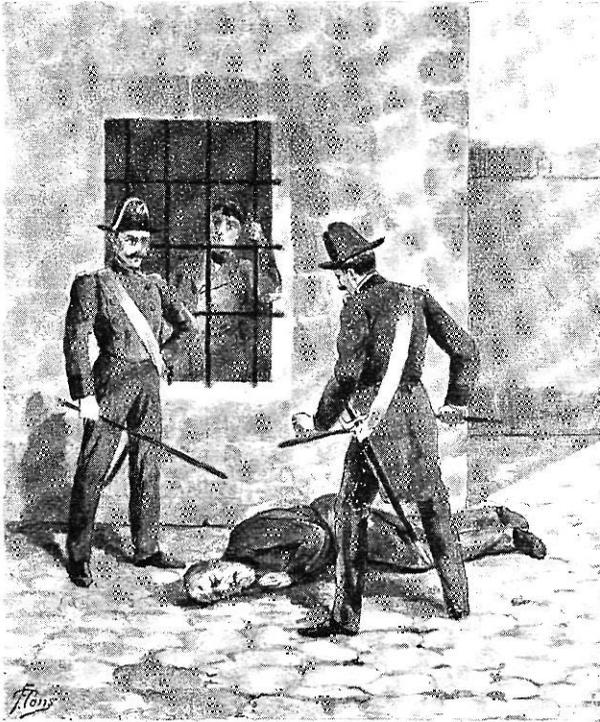
Fuí de nuevo llamado al interrogatorio, que duró todo el día y algunos otros, no dejándome más intervalo que el de la comida.

Durante todo el tiempo del interrogatorio veía pasar los días con rapidez, gracias al ejercicio mental que me imponía la necesidad de responder á tan diversas é interminables preguntas, y de retirarme á las horas del alimento y reposo para reflexionar sobre todo lo que me había sido preguntado, sobre lo que había contestado, y sobre las demás cosas de que sería aún interrogado probablemente.

A fines de la primera semana experimenté un gran disgusto. Mi pobre Piero, tan deseoso como yo de que se estableciese entre nosotros la comunicación, me escribió una carta, sirviéndose para mensajero no de un *secondino*, sino de un infeliz preso que de vez en cuando venía con aquéllos á arreglar nuestros encierros. Era hombre de 65 á 70 años, condenado á no sé cuántos meses de detención.

Piquéme un dedo con un alfiler que tenía y tracé con mi propia sangre una sucinta contestación, que entregué al portador del billete; pero éste tuvo la desgracia de ser observado y registrado, y, habiendo descubierto mi carta, fué, si no me engaño, apalcado. Oí horribles quejidos que me parecieron ser del pobre viejo, y desde entonces no le volví á ver más.

Llamado ante el escribano, me estremecí á la vista de mi cartita embadurnada de sangre, cuyo contenido por fortuna no podía comprometer á nadie, pues sólo parecía concretarse á un saludo. Preguntáronme con qué me había extraído la sangre, me recogieron el alfiler y se rieron de habernos descubierto.



Por mi parte yo no me reía, y en vano procuraba alejar de mi pensamiento la imagen de aquel desgraciado anciano á quien había comprometido. Con el mayor placer hubiera sufrido yo cualquier castigo por verle perdonado, y cuando oí los lamentos que creí fueran suyos, mi corazón se llenó de dolor y de amargura.

En vano pregunté varias veces por él tanto al alcaide como á los *secondini*, pues encogían los hombros, y por única contestación me decían:

—Lo ha pagado bien caro, y á buen seguro que no repetirá la función; ahora ya está algo más tranquilo.

¿Querrían ellos por ventura hablar del estrecho calabozo donde se hallaba el desgraciado, ó bien me querrían dar á entender que había sucumbido á los golpes?

Un día parecióme divisarle más allá del patio, debajo del pórtico, cargado con un haz de leña; mi corazón en aquel momento latió cual si viese á un hermano.

Cuando ya no tenía que sufrir el martirio de las declaraciones, y que ninguna otra ocupación absorbía mi tiempo, sentí con más fuerza el amargo peso de la soledad. Sin embargo, me fué permitido tener una Biblia y el Dante: el alcaide puso igualmente á mi disposición su pequeña biblioteca, compuesta de algunas novelas de Scuderi, de Piazzzi y aun peores; pero mi espíritu estaba demasiado agitado para poderse aplicar á lectura de ningún género.

Cada día aprendía de memoria un canto del Dante, mas este ejercicio era ya tan maquinal, que entregándome á él pensaba menos en los versos que en mis desgracias.

Lo mismo me sucedía cuando leía otra cosa cualquiera, excepto algunas veces al recorrer ciertos pasajes de la Biblia. Este libro divino, que siempre aprecié tanto, aun en la época en que me conceptuaba incrédulo, lo estudiaba entonces con más respeto que nunca, si bien otras veces, contra toda mi voluntad, lo leía con mi espíritu distraído y no lo comprendía; pero insensiblemente me fuí haciendo digno de meditarlo con profundidad y de gustar cada día más de sus encantos.

Su lectura no me dispuso nunca á esa devoción mal entendida que nos hace pusilánimes ó fanáticos; me enseñaba, por el contrario, á amar á Dios y á los hombres, á desear siempre con ardor el reino de la justicia, á aborrecer la iniquidad y detestar á quien la comete.

En vez de destruir en mí el cristianismo los buenos cimientos que la Filosofía estableció, confirmaba y corroboraba cada día más mi convicción con razones más elevadas, más poderosas.

Habiendo un día leído que es preciso rezar sin tregua, y que la verdadera oración no consiste en mascullar palabras entre dientes como los paganos, sino adorar á Dios con sencillez, tanto en palabras como en obras, y hacer de modo que unas y otras sean el complemento de su santa voluntad, me propuse adoptar y seguir con firmeza la siguiente máxima: no dar cabida á un sólo pensamiento que no estuviese animado por el

deseo de conformarme á los decretos de Dios. Las fórmulas de las oraciones que yo empleaba fueron siempre cortas, no por desprecio (pues las conceptúo sumamente provechosas, á unos más que á otros, para cautivar la atención del que reza), sino porque me reconozco incapaz de recitar una larga oración sin que padezca distracciones involuntarias que harían que olvidase el culto.

La firme resolución que había yo formado de mantenerme constantemente en presencia de Dios, en vez de ser un penoso esfuerzo para el alma y un motivo de temor, se me presentaba con cierta dulzura inefable. Como yo no olvidaba que Dios está siempre cerca de nosotros, que está en nosotros, ó más bien, que nosotros estamos en él, la soledad iba visiblemente perdiendo para mí gran parte de su horror. ¿No me hallo por ventura muy bien acompañado? me decía, y con esta idea adquiría mi alma toda su serenidad, y aun á veces me ponía á cantar con verdadero placer.

En verdad, decía, ¿no me podía haber acometido una fiebre y llevádome á la sepultura? Pues bien, en este caso todos aquellos que me son caros al perderme se hubieran abandonado á las lágrimas, y después, poco á poco, hubieran insensiblemente adquirido fuerzas para vivir sin mí. En vez de una tumba me devora una cárcel, y en este caso, ¿deberé desconfiar de que Dios les conceda igual grado de resignación que en el primero? Mi corazón dirigía en su favor al cielo los más ardientes votos, muchas veces acompañados de lágrimas de ternura. Estaba en la plena confianza de que Dios no abandonaría á los míos, y ciertamente no me engañaba.

El vivir libre es mucho más grato que vivir encarcelado, ¿quién lo duda? Y á pesar de esto, en medio de las angustias de una cárcel, pensando que Dios está presente, que los goces de este mundo son efimeros y que la verdadera felicidad reside en la conciencia, no en los objetos exteriores, todavía puede hallarse cierto encanto en la existencia. En menos de un mes tomé

Aventuras de Allan Quatermain

Traducción de Andrés Rivera

(Continuación)

menzaba á gemir lúgubrementemente entre los árboles, formando una música que helaba el corazón. Encima estaba el obscuro fondo de la nube, debajo de mí se deslizaba la negra corriente del río, y yo, entre tanto, era presa de un terror invencible que ataba mi lengua; jamás he podido explicar me lo que pasó por mí en aquellos momentos.

Repentinamente sentí que la sangre se helaba en mis venas y que mi corazón dejaba de latir.

¿Era ilusión, ó efectivamente nos movíamos?

Volví la vista para buscar la otra canoa que debía de estar á nuestro lado. No pude encontrarla, pero en su lugar vi una delgada mano negra que se apo-

Y cogiendo un remo dije á Pico Duro que tomase otro (porque los wakwafi estaban tan aterrorizados y desconcertados que de nada servían), y remamos los dos vigorosamente hacia el centro del río, tan á tiempo, que á tardar un minuto más hubiéramos estado encallados y habría llegado nuestro fin.

Tan pronto como nos orientamos, dirigimos nuestra canoa al punto donde estaba anclada la otra. En la obscuridad fué éste un trabajo fatigoso y lleno de peligros, y no hubiéramos llegado sin los continuos tiros de Good que disparaba á intervalos como para guiarnos. Al fin logramos nuestro objeto y quedamos muy satisfechos de que ellos no hubieran sido molestados en lo más mínimo.

Sin duda, el dueño de la mano que había cortado nuestra cuerda, habría cortado la de la otra canoa; pero fué desviado de su propósito por su irresistible inclinación al asesinato, y por más que á nosotros nos costó un hombre y á él su mano, que yo corté, nos salvó indudablemente de la matanza.

Si no hubiese sido por la fantástica aparición al lado del bote (aparición que tendré presente hasta la hora de mi muerte), la canoa hubiera sido arrastrada á la orilla y jamás habría sido escrita por mí esta narración.



El hacha de Pico Duro

yaba en el borde del pequeño bote.

Seguramente aquello era una pesadilla.

En el mismo instante el extremo sombrío de un rostro que parecía de diablo salió fuera del agua, siguióse un brusco movimiento de la canoa, vi brillar un cuchillo, oí el quejido de dolor del wakwafi que estaba á mi lado y algo caliente salpicó mi rostro.

En un momento se desvaneció el encanto.

Conocí que no era una pesadilla, sino que nos estaban atacando los masai en pleno río.

Cogí la primer arma que encontré á mano (que fué el hacha de batalla de Pico Duro), y descargué un golpe con toda mis fuerzas en la dirección en que había visto brillar el cuchillo.

El golpe cayó sobre el brazo de un hombre, y cogiéndolo contra el grueso borde de la canoa, lo separó del cuerpo por encima de la muñeca. El herido no profirió ni un grito.

Como un fantasma vino y como un fantasma desapareció, dejando tras de sí una mano ensangrentada que apretaba aún un gran cuchillo que estaba sepultado en el corazón de nuestro pobre sirviente. Entonces pude gritar.

Hubo un momento de confusión y me pareció ver varias cabezas negras que se movían con vertiginosa velocidad entre los arbustos de la orilla hacia donde éramos arrastrados rápidamente, porque la cuerda con que estaba anclada la canoa, había sido cortada.

Tan pronto como me cercioré de este hecho, presumi que la estratagema había consistido en soltar el bote para que fuese arrastrado por la corriente hacia la orilla derecha, donde sin duda nos esperaba una partida de masai para clavar sus lanzas en nuestro pecho.

CAPÍTULO III

LA CASA DE LA MISIÓN

PRONTO amarramos los restos de nuestra cuerda á la otra canoa y ansiosos esperamos el alba, congratulándonos de nuestra milagrosa salvación, que más bien parecía obra de la Providencia, que de nuestro cuidado y valor.

Amaneció, por fin, y pocas veces he deseado tanto ver la luz del día, á pesar del terrible cuadro que á la vista ofrecía mi canoa.

En el fondo yacía el infortunado askari, con la espada hundida en el pecho y la mano cortada cogiendo la empuñadura.



El lirio de Goya

Me horrorizaba la vista de este espectáculo, así es que, atando al cadáver la piedra que había servido de ancla á la otra canoa, la echamos al agua donde se sumergió, no dejando tras de sí más que algunas momentáneas burbujas en la superficie. ¡Oh, cuando nuestro término llega, cuántos no dejamos tras de nosotros más rastro de lo que hemos sido, que tenues burbujas que se disipan tan fácilmente como las producidas por el cadáver del pobre wakwafi!

La mano del asesino fué arrojada al río y la arrastró la corriente.

Yo guardé la espada, cuya empuñadura era de marfil incrustada en oro (evidentemente obra árabe), y la usé como cuchillo de caza, siéndome muy útil.

De la otra canoa se transportó un hombre á la mía y una vez más pude descansar, no sin sentirme muy preocupado respecto á lo futuro, pero esperando con ansia llegar á la casa-misión aquella noche.

Con todo, nuestra situación empeoró repentinamente, pues una hora después de la salida del sol, comenzó á llover á torrentes, calándonos hasta los huesos, y como el viento era contrario no pudimos hacer uso de nuestras velas, avanzando penosamente á fuerza de remos.

A las once atracamos á la orilla izquierda del río, en un pequeño espacio descubierto, y, habiendo cesado un poco la lluvia, procuramos encender lumbre para poder asar el poco pescado que cogimos un rato antes. No nos atrevimos á internarnos para buscar caza.

A las dos nos pusimos en marcha otra vez, llevando una regular provisión de pescado asado y tardó poco en volver á llover más fuerte que antes.

Entonces la navegación comenzó á hacerse más difícil á causa de las numerosas rocas, las grandes extensiones de agua poco profundas y la creciente fuerza de la corriente del río, y pronto hubimos de convencernos de que no podríamos llegar aquella noche al hospitalario techo del reverendo Mackenzie; desengaño que por cierto no contribuyó á animarnos.

Trabajando desesperadamente como lo hacíamos, no avanzábamos más de una milla por hora, y á las cinco de la tarde, ya completamente extenuados por la fatiga, calculamos que distábamos aún diez millas de la estación.

No había más remedio que pasar otra noche en pleno río, y nos pusimos todos á trabajar para pasarlo lo menos mal posible.

Después de nuestra reciente experiencia an-

terior, no nos atrevimos á desembarcar, y mucho menos cuando las orillas del Tana en aquella parte estaban cubiertas de una espesura que habría podido ocultar á cinco mil masai.

Afortunadamente descubrimos una isla de rocas, como de quince yardas en cuadro, situada casi en medio del río.

Remamos hacia ella, atamos las canoas, desembarcamos y decidimos pasar la noche en vela como exigían las circunstancias, que, en realidad, eran poco favorables.

En cuanto al tiempo, siguió siendo detestable, lloviendo mucho, é impidiéndonos absolutamente encender fuego.

Sin embargo, había una circunstancia que nos consolaba de la lluvia: nuestros askari declararon que nada induciría á los masai á atacarnos mientras lloviese, tal vez, como decía Good, porque no pueden tolerar la idea de lavarse.

Comimos el insipido pescado, menos Pico Duro, que, como muchos de los zulús, no lo prueban nunca; se contentó con tomar un trago de aguardiente del que felizmente habíamos conservado unas botellas, y llegó la noche más horrible que jamás he pasado.

Parecía que no tenía fin, y una ó dos veces temí que dos de los wakwafi

se nos muriesen por la humedad y el frío que era horrible.

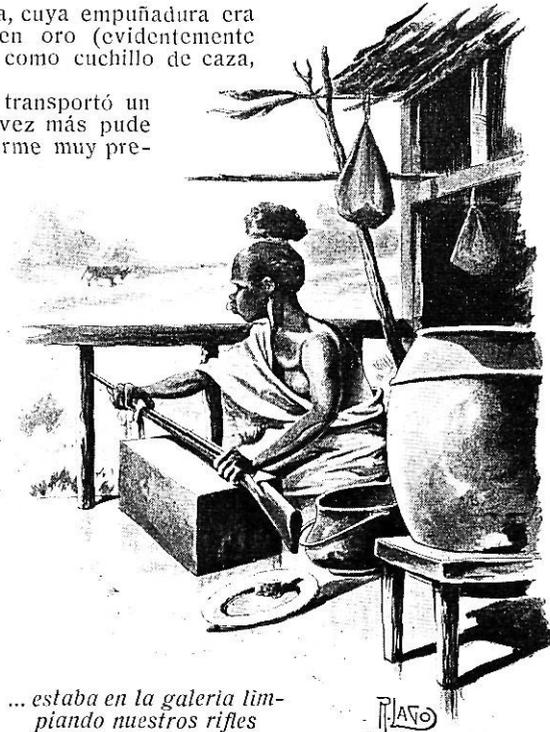
Si no hubiese sido por las dosis de aguardiente que tomaban á menudo, hubieran muerto, porque ningún africano puede permanecer mucho tiempo en semejante situación, que primero los paraliza y después los mata.

Pude observar que el mismo Pico Duro, el guerrero de hierro, sufría mucho; pero al contrario de los askari, que gemían y deploraban incesantemente su suerte, no profirió una sola queja.

A los dolores físicos se unió la angustia que se apoderó de nosotros, al oír, cerca de la una de la mañana y como la noche anterior, el fatídico graznido del buho (1), y tuvimos que prepararnos para otro ataque, aunque si lo hubieran intentado, creo que no habríamos ofrecido mucha resistencia.

Si fué realmente el buho ó fueron los masai ocultos entre la espesura, no lo sabemos.

(1) Ese graznido es una señal favorita de los masai.



... estaba en la galería limpiando nuestros rifles

PLATO

(Continuará)

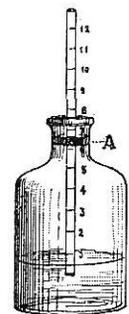


Cómo se construye un barómetro

Las variaciones de presión que sufre la atmósfera según los grados de humedad de que está saturada, son á veces tan débiles, que nuestro cuerpo no las percibe, pero no pasan inadvertidas para el *barómetro*.

Como es sabido, los cambios de la presión del aire se relacionan por completo con los cambios del tiempo, notándose la mayor presión en tiempo sentado, ó lo que se llama *buen tiempo*, y cuando disminuye esa presión del aire, indica que va á cambiar el tiempo hacia el lluvioso ó hacia vientos fuertes. Voy, pues, á describir un barómetro al alcance de todos, y

que ha de ser muy útil por su exquisita sensibilidad y su poco coste, porque para construirlo basta un frasco de cristal ó vidrio de unos 15 centímetros de altura, un tubito, también de cristal, de 20 á 25 centímetros de largo y del grueso del cañón de una pluma de ganso, y un disco ó rodaja de corcho de poco más de un centímetro de grueso que encaje en el gollete del frasco. Talá-



drase el centro del tapón y por el agujero se introduce el tubito de cristal, procurando que entre algo forzado para que ajuste bien, del modo que indica el grabado adjunto. Echase agua en el frasco, hasta la altura de unos tres centímetros, ligeramente coloreada de aza-

frán, para que se vea ascender por el tubo, y se coloca el tapón como á la mitad del cuello del frasco A, procurando que la parte inferior del tubito esté sumergida como cosa de un centímetro en el agua y dos centímetros separada del fondo. Una vez colocado el tapón que sostiene el tubo á la altura indicada, se va echando lacre en polvo en pequeñas porciones en el espacio que hay desde el corcho hasta el gollete y con una varilla de hierro calentada al rojo se va derritiendo, con objeto de que quede el frasco herméticamente cerrado.

Terminada esta operación, y para probar si el lacrado ha sido perfecto, se llena gota á gota el tubo con agua clara y se deja en reposo algunas horas: si el agua del tubo ha descendido algo nada más, es que el aislamiento es perfecto y perfecta la operación; pero si ha descendido por completo, hay que repasar el lacrado, pues indudablemente ha quedado algún agujerito imperceptible por donde se escapa el aire. Si la operación ha salido bien, se inclina el frasco y se sopla superficialmente por la boca del tubo á fin de que el agua descienda.

Y he aquí construído un barómetro, más exacto que el mejor aneróide, pues cuando *baja* la presión de la atmósfera anunciando lluvias, el agua *sube* por el tubo, y cuando la presión exterior *sube* anunciando buen tiempo, el agua del tubo *baja á su nivel*.

Para apreciar las variaciones atmosféricas, puede tenerse algún tiempo en observación y señalar al exterior del frasco con tinta grasa las alteraciones que se comprueben.

Los cazadores domingueros

DESDE que se levantó la veda está don Zenón hecho un verdadero Nemrood... de la clase de aficionados.

Socio de número de *La Funeraria herbívora*,—sociedad de caza por acciones, establecida en la plaza de los Pájaros,—ingresó en aquel centro porque le dijeron que la caza era un sport regenerador y altamente higiénico.

Desde su entrada en *La Funeraria*, don Zenón se ha pertrechado de todos los avíos, y se dedica con furor, en unión de sus hijos, á... darse largos paseos por el campo, porque de otra cosa no es capaz aquel cabeza de... familia, que cierra los ojos para disparar, y no hace lo mismo con los oídos, porque no se atreve á sostener la escopeta con la boca.

El pobre es un alma de Dios, tan para poco, que se desmayó el día que á su suegra le sajaron un divieso, y no mata una pulga por no hacerle daño, y cuando quiere comer ostras espera á que se abran echádoles discursos para no tener que emplear el cuchillo.

Por eso no sale de caza más que con sus niños.

Al fin ellos no se ríen de las proezas de su padre, que mete miedo con su traje de pana, sus polainas de cuero, su repleta cartuchera y sus amplios zagones como si se tratara de ir á la caza del jabalí.

Y es de ver cuando sale mi hombre todos los domingos y fiestas de guardar, acompañado de su prole, cargado el mayor con las alforjas de la merienda, el mediano con el morral y la cantimplora, y arrastrando el pequeño una jaula con un macho de perdiz procedente de la clase de sordomudos, porque como *reclamo*, no ha dicho aún esta boca es mía, ya porque no le cortaron el galillo, ó tal vez por falta de ocasión en que romper á hablar y *dar con el pie*, cerrando la marcha un can perdiguero con vistas muy pronunciadas á perro de aguas.

Y allá van á coger el corto del Escorial y toman por asalto un departamento de tercera en que se permite que viajen los cazadores con sus perros; y al ver subir aquella lechigada, dice uno de los pardillos que ocupan el vagón:

—¡Oye, tú!... ¿Si s'habrá creído este señor qu'esto es un carro de mudanzas?

—¡S'ha traído hasta el verdonón!

—¡Y la lista de la lavandera!

—¡Traigo lo que me da la gana!—dice don Zenón.—Y basta de choteo, porque voy montando en cólera, y...

—¡Bueno, señor! Apécese, que no lo decía para tanto.

El revisor cortó el diálogo, que iba tomando tonos demasiado vivos, y á los quince minutos se apearon del tren, en la estación de Pozuelo, don Zenón y su gente menuda, el pájaro y el perro.

Y, como todos los domingos, la emprendieron por los cerros de Húmera hasta las tapias de la Casa de Campo, haciendo los chicos los oficios del perro, porque éste tenía sobrado trabajo en salpimentar cuanto encontraba á su paso y en correr de aquí para allá.

Por fin llegan á una hondonada del terreno, y allí construye don Zenón un *tollo* con piedras, ramas y cañas que recogen los pequeños, colocando al pájaro, que resulta un reclamo de guardarropía, á una distancia conveniente.

Y después de un gran rato en que el padre recomienda el silencio, dice el mayorcito:

—Oye, papá, puedo ¿estornudar?

—¡No!

—Es que... ¡atchís!—y el chiquillo suelta un estornudo tal, que el pájaro se asusta.

—¡Con vosotros es imposible la caza! Mire usted que estornudar precisamente cuando Baldomero,—Baldomero es el reclamo,—iba á cantar. En fin, vámonos de aquí; ya no hay remedio.

Y así andan la mar de leguas, y pizcando, pizcando, antes de llegar al mediodía habían los chicos concluído con la merienda, y persiguiendo un bando de palomas torcaces se pasan la tarde dando tumbos y estropeando los zapatos por aquellos montes, y vuelven á casa, ya cerrada la noche, muertos de hambre y sin haber cazado otra cosa que un gorrión de sartera del padre, y el perro... una perdigonada que iba dirigida á una abubilla y que él recibió *íntegra* en su cuarto trasero.

Lo cual no es obstáculo para que el buen señor cuente las espeluznantes aventuras cinegéticas de *sus domingos* en su círculo de la *Funeraria herbívora*, mintiendo más que portera vieja y en estado de merecer.



Que, aquí para *internos*, mienten casi tanto como los cazadores domingueros que pierden el tiempo, y que forman legión en todas las capitales de provincia, y en Madrid sobre todo.

BESTARD DE LA TORRE

AL principio, el año entre los romanos se dividía en meses y días, pero no siempre tuvo la misma duración. Empezó constando el año de 304 días, divididos éstos en diez meses, siendo Marzo el primer mes, por cuya razón se llamaba *Quintilis* á Julio, por ocupar el quinto lugar, *Sextilis* á Agosto, y así de los demás hasta el último que se llamó *December*.

Más tarde agregóse Numa 51 días, componiendo con ellos los meses de Enero y Febrero, poniendo á aquél al principio del año, y éste al final, aunque después, sin que se sepa cuándo ni por qué razón, se le colocó entre Enero y Marzo.

No obstante, como el Sol excede en once días y casi seis horas al movimiento de la Luna, según el cual había Numa ordenado el año de doce meses, dispuso también que de dos en dos años se intercalase en el mes *Mer-kedonius*, desde el 23 de Febrero, el que dos años constaba de 22 días y otros dos de 23.

Por último, viendo Julio César que por el trastorno que hacían los Pontífices, iba el año atrasado en 67 días, mandó que esos días se añadiesen al mes *Merkedonio* el 708 de la fundación de Roma, por lo que este año constó de 445 días y se llamó el año de la confusión. Entonces dispuso que el año tuviese 365 días y seis horas, y que el día que en cuatro años componían estas horas, se añadiese después del 24 de Febrero, y así se llamaba *bisiesto* este año, por contarse dos veces el sexto día antes de las kalendas. Este es el año llamado Justiniano, que después corrigió Gregorio XIII.

El mes se dividía en *Kalendas*, *Nonas* é *Iches*. El día civil comenzaba á las doce de la noche, como el nuestro, y sus partes se llamaban *media nox*, *medie noctis inclinatio*, *gallicinium*, *conticium*, *diluculum*, *mane ad meridiem*, *meridies*, *meridiei inclinatio*, *sol occasus*, *vel suprema tempestas*, *vesper*, *crepusculum*, *prima fax*, *concupium*, *nox intempesta* y *ad mediam noctem*, dividiéndose el día en cuatro excuvias y la noche en otras tantas vigilias.

Los días se llamaban *Festi*, *Profesti* é *Intercisi*.

Los primeros, ó sea *festivos*, eran los consagrados á los dioses.

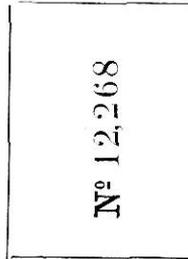
Los *profestos*, los destinados á cuidar de la República y de las haciendas.

Los *intercisos*, en que sólo era permitido trabajar á ciertas horas.

Estas tres clasificaciones venían á ser como nuestros días de fiesta, de trabajo y medias fiestas.

Había días llamados *Ferías* ó *Vacaciones*, durante las cuales, si eran públicas, debían abstenerse de los pleitos y contiendas los hombres libres, y los esclavos se abstendían de todo trabajo corporal.

CUPÓN-PRIMA de *Juventud Ilustrada*



A pesar de no ser partidarios del juego nacional llamado Lotería, no hemos encontrado otro medio que el de combinar los números de estos cupones con el que logre el primer premio en el sorteo del día 31 del corriente Enero, á fin de hacer regalos en metálico á nuestros lectores.

En su consecuencia, cuantos posean un ejemplar de *JUVENTUD ILUSTRADA* cuyo cupón tenga igual número que el del billete favorecido en dicho sorteo con el premio mayor,

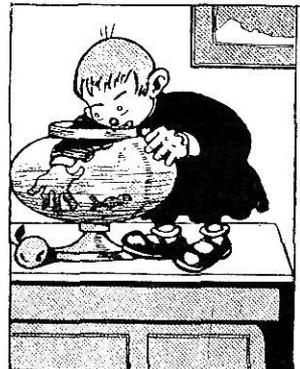
recibirán 125 pesetas

á la presentación del NÚMERO COMPLETO de nuestro semanario. Caduca á los seis meses.

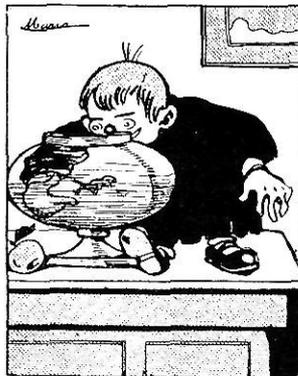
Romanza sin palabras



Dolce assai



Rallentando



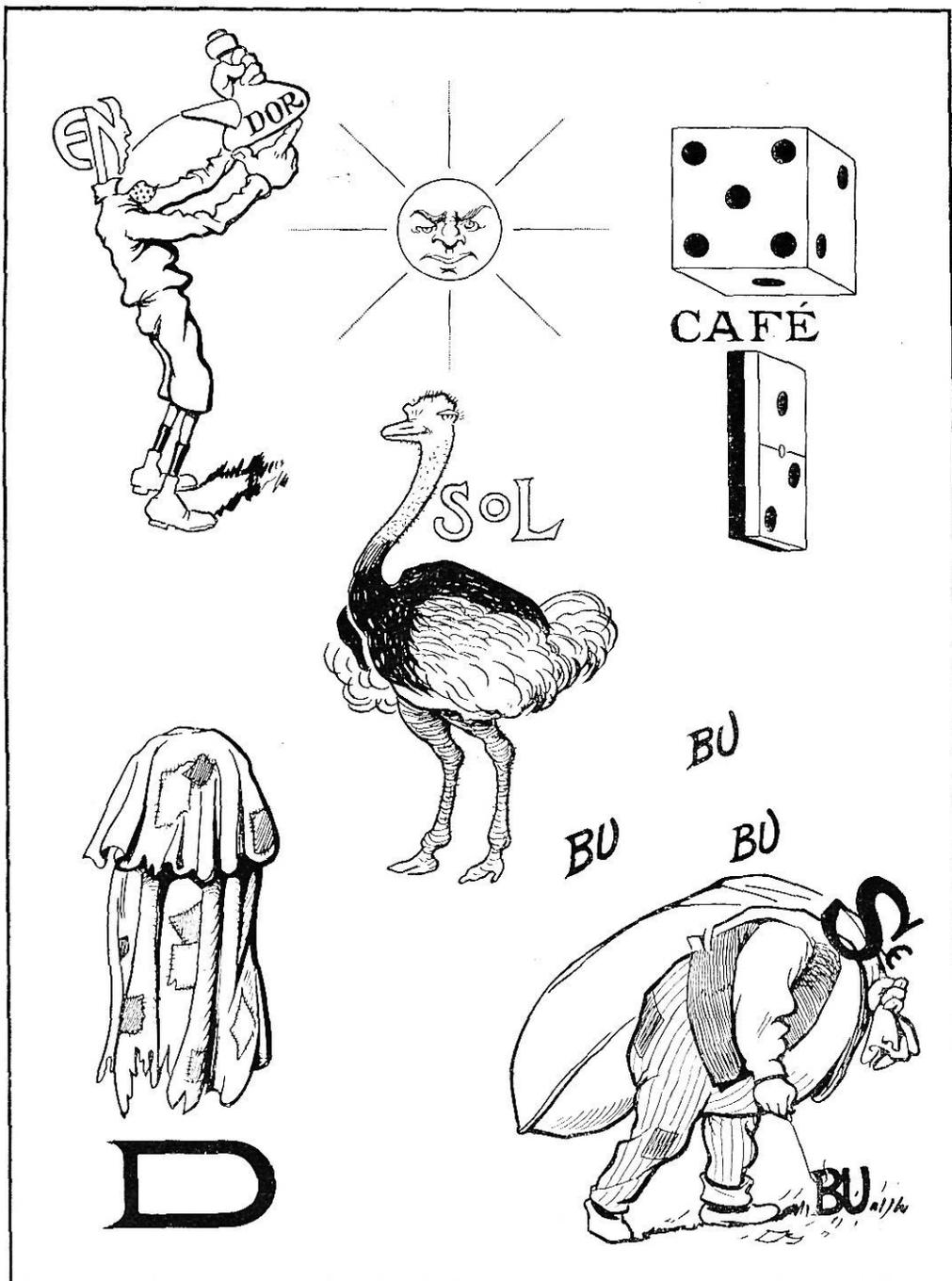
Vivace



Struendoso. —¡Mamáaa!...

CONCURSO CON PREMIOS — JEROGLÍFICO EMPASTELADO

Búsqese un refrán popular, suprimiendo lo que sobra, pero sin añadir nada, y teniendo en cuenta que las figuras están barajadas; es decir: que no guardan orden de colocación.
Y no decimos más, porque sería una ofensa para nuestros lectores darles más detalles.



Se adjudicarán 50 premios, consistentes: 1.º, un cubierto de plata de ley; 2.º, un magnífico álbum para retratos; 24 lujosos alfileres de corbata; 24 estuches-jaboneras.

Las soluciones se recibirán hasta las ocho de la noche del día 3 de febrero próximo, debiendo venir bajo sobre, especificando con toda claridad el nombre y domicilio del interesado.

La fiesta de la Epifanía

ESTE día en que celebra la Iglesia el bautismo de Jesucristo y su primer milagro en las bodas de Canaán, es la conmemoración del día en que la divinidad de Jesucristo fué manifestada á los gentiles por la adoración de los Reyes Magos; porque *Epifanía* (epiphancia), equivale á *manifestación*.

Llamábanse *magos* los sacerdotes de la religión de Zoroastro, que formaban una corporación dedicada al estudio de las ciencias y á la instrucción pública, así como á la administración de justicia, y es muy probable que los *Magos que vinieron de Oriente* á Belén para adorar á Jesús, salieran del país situado al Oriente del mar Muerto, y aunque se cree que fueron reyes, puede esta opinión fundarse en la mucha consideración de que estos sabios disfrutaban á causa de su ciencia.

El día de Reyes ha sido una de las festividades que con mayor solemnidad y regocijo se han celebrado siempre en España, tal vez por ser la fiesta dedicada casi exclusivamente á los niños.

Desde los remotos siglos en que entre los monjes y caballeros se organizaban cabalgatas que recorrían de noche las calles de los pueblos, alumbrándose con hachas de viento ó con trozos de madera resinosa, repartiendo toscos juguetes á los niños cuyo comportamiento se había hecho acreedor á premio, hasta la cena de Reyes de nuestros abuelos, ha sido esta fiesta la más alegre y bulliciosa de cuantas celebra la cristiandad, así en el campo como en las ciudades.

Por eso vemos que, á principios del pasado siglo, se reunían por la noche todos los individuos de la familia, hasta los más lejanos parientes, para celebrar con una espléndida comida el día de Reyes, que se pasaba entre jolgorio y algazara.

Llegada la hora de la cena, el niño más pequeño de la familia elegía los trozos de un monstruoso pastel en cuya masa se había metido al amasarlo una pequeña joya ó un *haba* de oro ó plata; pastel que se dividía en tantas partes como individuos se sentaban á la mesa, y una más, que era la primera que se sacaba y que se destinaba al viviente pobre que llamase á la puerta, como viviente representación del Dios de los cielos, y á cual dádiva solía juntarse una buena limosna.

En la Edad Media,—porque de tan lejana época se heredó la costumbre que ligeramente reseñamos,—el niño que elegía se sentaba en un almohadón que se llamaba *pesebre* y que se colocaba debajo de la mesa, y el dueño de la casa, recordando la antigua fórmula de los romanos, exclamaba: —¡*Phæbe!*—contestando el niño: —¡*Domine!*—y en seguida nombraba el pequeño uno por uno á todos los presentes, sin distinción de rangos y de personas, y según el orden en que acudían á su memoria, y el padre repartía los trozos de pastel amasado y perfumado entre los que asistían á la fiesta y á medida que el niño los iba nombrando.

La antigüedad pagana y la antigüedad cristiana se encontraban asociadas en esta fiesta, donde reinaba la legalidad de las antiguas Sa-

turnales, recuerdo de la Edad de Oro, endulzado por un rayo de las costumbres evangélicas y el recuerdo del humilde pesebre sobre el cual la voluntad de Dios colocó al divino Infante para que los magos de Oriente vinieran á adorarle y rendirle pleito homenaje.

Aquel á quien correspondía el trozo de pastel que contenía la pequeña joya, reinaba durante una hora como soberano; y en esta costumbre se ve una lección indirecta, la cual recuerda que la desigualdad de las condiciones humanas es sólo el resultado del azar, de la casualidad; y que, por lo tanto, no debe excitar la vanidad de los unos ni la humillación de los otros, puesto que después de durar un corto espacio, todo desaparece ante la suprema igualdad.

Empero, toda esta filosofía desaparecía en la noche de Reyes entre las carcajadas de unos y la momentánea felicidad de todos.

Cuando el azar había elegido un rey destinándole el trozo de pastel que encerraba su centro, y el monarca de sesenta minutos había elegido una reina, ¡qué de espontánea alegría entre los comensales!

Reconocidos reyes, y reyes absolutos, nin-



guna de sus órdenes dejaba de cumplirse, y éstas emanaban de los propios labios del monarca.

Era aquel un reinado corto, pero feliz; sin ministros plenipotenciarios, sin secretarios de cámara, sin envidiosos, sin émulos, sin conspiradores.

Bien es verdad que sus mandatos se refe-

rían sólo á los platos y vinos que debían servirse; á los inocentes juegos á que se entregaba la reunión, al orden que debía observarse en los brindis, y á las canciones que debían cantarse, resultando á veces los más cómicos é inocentes contrastes.

Hoy la festividad de Reyes ha perdido en los grandes centros esos dulces cantos, y sólo se conservan puros en el corazón de las montañas de Asturias, en la alta montaña catalana y en el cogollo de las sierras de Andalucía.

La positivista manera de ser de nuestra época, acabará dentro de poco hasta con las risueñas esperanzas á que se entregan nuestros inocentes hijos que procuran ser buenos para merecer que los Reyes se acuerden de depositar en sus zapatitos una ofrenda más ó menos rica como premio á su aplicación.

No vamos que, afanándonos por hacer vivir á esos pequeños seres en la realidad, robamos á su espíritu los momentos de felicidad que proporcionan las dulces ilusiones.

PEDRO FALL ALÓRDA

Suplicamos á los alumnos de enseñanza oficial que han obtenido matrícula de honor en el pasado curso, y cuyos domicilios no se nos han facilitado en los Institutos, se dignen remitir sus retratos, para publicarlos en nuestra REVISTA, á nuestras oficinas: Rosellón, 208, Barcelona.

Artes femeniles

Flores en piel (Mimoscultura)

Así se denomina este género de ornamentación, que consiste en decorar tablas, platos y toda clase de objetos en que se quiera imitar la escultura en madera, y que consiste sencillamente en retacitos de cuero á que se les da la forma exigida según lo que se quiera decorar.

El método es tan sencillo y resulta tan artístico el trabajo, que vamos á exponerlo sucintamente, pues es una labor de adorno muy propia para señoritas.

Para ello debe empezarse por dibujar ó ele-



gir un buen modelo que esté en armonía con el objeto á que se va á aplicar.

Supongamos que se trata de un plato de madera en el que se quiere que aparezca esculpido un grupo de flores, que copiamos del natural. En primer lugar se elige una piel flexible de carnero, es decir, sin apresto, ó una piel de gamuza del grueso que exija el tamaño de las flores, y empezaremos por arrancar una hoja de cada flor para que nos sirvan de mo-

delo, recortándolas en papel fuerte ó cartón. Hecho esto, se coloca sobre la piel el patrón obtenido, se señalan con un lápiz los contornos de éste y se recorta con la punta de un cortaplumas ó con unas tijeras muy finas. A medida que las hojas van recortándose, se echan dentro de una vasija que contenga agua fría. A los veinticinco minutos, y cuando se hayan cortado las hojas necesarias para lo que se va á decorar, se secan apretándolas entre los pliegues de una servilleta, y con un punzón se trazan en ellas los nervios de las hojas y de los pétalos de las flores; en seguida, y con auxilio de los dedos y de las herramientas indicadas en el grabado adjunto, las cuales sirven para hacer flores en tela, cera, papel, etc., como más tarde explicaremos, se les da la forma é inclinación convenientes, y se las seca al sol ó por cualquier otro medio que no sea muy violento.

Las hojas y los pétalos conservarán, una vez secos, la forma que se les imprimió cuando estaban húmedos; y una vez adquirieran la dureza necesaria, se procede á barnizarlos sumergiéndolos en un barniz de color más ó menos claro, según la madera que nos hayamos propuesto imitar.

Luego, y una vez el primer barniz perfectamente seco, se procede á darles, con un pincel esta vez, una mano de barniz transparente, con lo cual adquiere el cuero una dureza extremada. Entonces se deja secar durante varios días.

(Seguirá)

ALFREDA

Advertencia importante

En los concursos que publique JUVENTUD ILUSTRADA, algunos habrá que forzosamente tendrán que cortarse; no obstante en todos aquellos que se pueda prescindir (como ocurre con el del presente número), ya sea por su índole ó por ingenio de los lectores, relevamos de cortarlos á los subscriptores que efectúen el pago por trimestres anticipados, sin que sea preciso que se suscriban directamente. Pueden hacerse las suscripciones por medio de nuestros corresponsales, á quienes mandaremos los recibos con el sello de esta casa editorial; y en Madrid los firmará nuestro representante general don Eduardo F. de Rábago; requisito indispensable para aprovechar esta ventaja.

A todos los que se suscriban desde primero de año podremos servirles los números atrasados, y si desean solamente las páginas de nuestro folletín

Mis prisiones

Memorias de Silvio Pellico
esto último lo recibirán gratuitamente.

En el próximo número publicaremos el resultado de nuestro concurso INVENTIVA.—FISONOMÍA ARITMÉTICA.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Un año, 10 pesetas -- 6 meses, 5 pesetas
3 meses, 2'50 pesetas -- Pago anticipado.

República del Uruguay

LA región del Uruguay, que es una de las más favorecidas del globo, ocupa en la zona templada de la América del Sur, y á la izquierda del Plata, una faja poligonal rodeada de agua, excepto en la parte central de la frontera brasileña.

Su situación geográfica es entre los 30° 5' y 35° latitud Sur y entre los 45° y los 49° 30' longitud Oeste del meridiano de Madrid, confinando al N. y al E. con el Brasil, al SE. y al S. con el Atlántico, al SO. y al O. con el Río de la Plata y el Uruguay que le separan de la República Argentina.

El vasto y exuberante territorio ofrece un aspecto encantador, y está cubierto por la más hermosa vegetación.

El clima de la República Cisplatina es suave y salubre, aunque algo húmedo. Las estaciones no son más que dos, invierno y verano, que empiezan y acaban al revés que en nuestro hemisferio, no descendiendo el termómetro más allá de 3° sobre cero ni ascendiendo nunca á más de 36°.

La República del Uruguay cuenta con numerosos ríos, de ellos 17 verdaderamente importantes, siendo los más caudalosos el Plata, el Uruguay y el Río Negro, el cual cruza por el centro del país. Los demás ríos recorren cursos que varían de 150 á 245 kilómetros, con más de 1,500 afluentes.

Sin encarecer las ventajas de un país en que tanto abunda el agua, bien puede asegurarse que no hay otro tan rico en pastos, que hace que sus ganados no tengan rival en el mundo por la cantidad y por la calidad, lo que constituye su principal riqueza.

No permiten estos ligeros apuntes ocuparnos en la historia de la *Banda Oriental*; baste á nuestro objeto consignar, que desde 1811 en que se separó de España, hasta algunos años después, no gozó esta República de la paz necesaria para fomentar el engrandecimiento en que hoy se encuentra.

Su capital, Montevideo, es una de las ciudades mejor situadas del mundo, y sus ventajas aumentarían considerablemente si tuviera un buen puerto que permitiera atracar los buques de alto bordo.

El desembarco no es cosa muy fácil ni cómoda, pues los trasatlánticos anclan á tres kilómetros lo menos de la costa, y cumplidas las formalidades necesarias, el pasajero pasa á bordo de los vaporcitos que llevan al desembarcadero.

Visto desde el mar, el aspecto de la capital es magnífico. Levantándose al extremo occidental de la bahía se ve el cerro de forma cónica que ha dado su nombre á Montevideo, y en su cumbre se levanta un fuerte que es á la vez vigía marítimo, faro y observatorio.

El puerto de Montevideo es uno de los más concurridos del mundo, y cuenta con algunos varaderos de inmejorables condiciones, gracias á la iniciativa particular.

Es verdaderamente notable entre sus hermosas calles el espléndido bulevard llamado del 18 de Julio, cuya anchura llega á 26 metros, y á cuya hermosa vía prestan sombra frondosos plátanos.

Son también dignas de mención las calles de Sarandí, 25 de Mayo, Cámaras y del Rincón, en las que hay establecidos importantes comercios.

El movimiento de la ciudad es extraordinario por el gran número de carruajes que constantemente circulan por sus calles

Son verdaderamente admirables por su extensión y la belleza de sus edificios las plazas de la Independencia, Cagancha y Constitución, siendo ésta última el centro de la vida social, política y religiosa de Montevideo.

Son célebres en el mundo los saladeros de carnes de Fray-Ventos, donde se prepara el conocido extracto Liebig, y el de Cíbils en que se elaboran los polvos de carne para el caldo llamado así.

La República Oriental es notable por su cultura, pues cuenta con una Universidad en Montevideo, á la que concurren más de 800 alumnos y en la que dan enseñanza 64 catedráticos, ascendiendo á 750 las escuelas públicas y privadas, á las que asisten unos 40,000 entre niños y niñas, siendo magnífico el edificio y pertenencias de la Escuela de Artes y Oficios con que cuenta, así como también la Militar.

Finalmente: la República del Uruguay, es una de las más florecientes del Sud-América; una de las más hospitalarias y simpáticas al viajero y la que menos se ha apartado en sus costumbres y en su manera de ser de la tradición española.

A. P. GUILLOT.

REPÚBLICA DEL URUGUAY

